m2

SUPLEMENTO DE ESTILO Y DECORACION DE PAGINA/12
SABADO 5 DE OCTUBRE DE 2002.
AÑO 4. Nº 192.



BERNARDINO AVILA

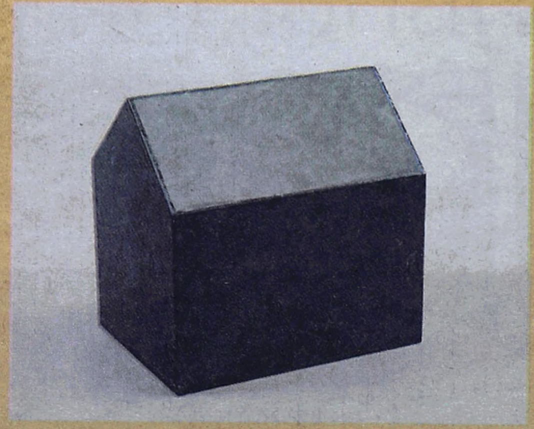
criolla

una casa de campo nueva, construida con el lenguaje y las proporciones más tradicionales de la arquitectura argentina

Campo nuestro

Luis Benedit es arquitecto, expone sus reflexiones acerca del campo y su historia: una colección de objetos lo explica.

POR MATIAS GIGLI



Mucho tiempo atrás, cuando aún no existían los alambrados ni los árboles plantados en trebolillo para definir un límite, en ese tiempo y en esa espacialidad nacieron nuestros ranchos. Existía sólo el vacío, el cielo y el campo, libre pastaba el ganado. Faltaba definir aún los lugares con trazas y los estrictos límites de los caminos.

Luis Benedit, arquitecto y hacedor, maneja ese tiempo y esa mística en la cual un gaucho y un caballo conformaban un todo. Los ranchos, junto con elementos como el cuchillo y el lazo, son integrantes de un mundo ya perdido y al que el autor, con su obra, intenta rescatar del olvido.

Todos nuestros ranchos

Sobre la base de un texto de letras y silencios Benedit construye su imaginario:

"Yo he conocido esta tierra / en que el paisano vivía / y su ranchito tenía / y sus hijos y mujer... era una delicia ver / cómo pasaba sus días." (José Hernández, *Martín Fierro*)

Para después, sobre aquella resonancia, organizar, sujeto a un material absolutamente contemporáneo, elementos que sintetizan ese clima en un solo gesto.

Ellos conforman una serie de objetos de piedra que Benedit expone en la galería Maman, junto a novísimos testimonios de una geografía llamada Pampa. Sobre la idea de aquellos ranchos, de adobe y de caña, que fueron testigos silenciosos de una tenaz lucha contra el sol y el agua. Pobres, paupérrimas arquitecturas, eran el hábitat del gaucho, con excremento animal, barro y algún vegetal, las ramas entrelazadas con cueros secados al sol, integraron el acervo constructivo de una rica región que aún carecía de madera suficiente para destinarla a la vivienda.

Benedit hoy los recrea con una calidad y perfección que nunca tuvieron, con aristas y brillo, en mármol y granito, de madera y vidrio. Representan un icono de lo perdido, hermosas piezas de negro marquina, de verde guatemala, de amarillo veneciano, de azul labrador de noruega, nadie las habita, ellas no son arquitectura.

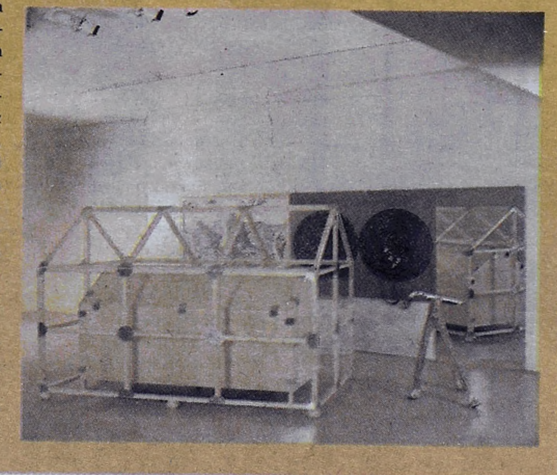
El campo y los huesos

"Tienes, campo, los huesos que mereces: grandes vértebras simples e inocentes, tibias rudimentarias, informes maxilares que atestiguan tu vida milenaria; y sin embargo, campo, no se advierte ni una arruga en tu frente."

"Lo que prefiero, campo, es tu llaneza. Entra y descansa campo. Desensilla. Deja de ser eterna lejanía." (Oliverio Girondo, *Campo nuestro*).

Sobre la base del recuerdo y de literatura épica, lejos del folklore y de caricaturas, el autor manipula huesos, no como parte de una anatomía, sino como simple material del que en el campo se dispone.

No son restos humanos, ellos son partes de esqueletos de vacas y caballos que en una ruta de malones hacia la cordillera, perdieron la vida. Esa marca y esos huesos, Luis Benedit los toma para apuntarnos una parte de nuestra historia. Ya lo han hecho otros antes, lo harán algunos más. Los testimonios de ese pasado aún yacen en el lugar. ■







Cómoda e

POR SERGIO KIERNAN

Hace demasiados años, Leopoldo Marechal escribió un pequeño librito sobre "un amigo", Alejandro Bustillo. Casi un folleto, el tomito tiene varias fotos de obras del arquitecto y un texto breve del poeta que, provocador siempre, arranca diciendo que la obra de Bustillo es revolucionaria. Enseguida tiene que aclara la boutade: a don Alejandro, tan conservador e hispanista él, se le daría vuelta la peluca de asombro. Marechal explica que revolucionario no es necesariamente sinónimo de novedoso, que en el contexto de la época un Bustillo resultaba revolucionario por ir contra el nuevo canon, por no comulgar en altares modernistas, no ser un sonso que se quiere hacer siempre el original. En resumen, por ser alguien que tiene raíces más firmes que la última revista de arquitectura.

El viejo maestro no anduvo solo en esta idea de, por ejemplo, hacer casas de campo con aire a casas de campo. En la zona norte de Buenos Aires hay un constructor –que no un arquitecto– que vive y trabaja en una alzada al estilo campero tradicional argentino. Linda, cómoda, nueva, ducha en un lenguaje compositivo con más nudos que

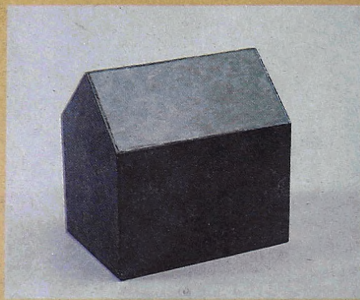
Campo nuestro

Luis Benedit es arquitecto, expone sus reflexiones acerca del campo y su historia: una colección de objetos lo explica.

POR MATIAS GIGLI

Mucho tiempo atrás, cuando aún no existían los alambrados ni los árboles plantados en trebolillo para definir un límite, en ese tiempo y en esa espacialidad nacieron nuestros ranchos. Existía sólo el vacío, el cielo y el campo, libre pastaba el ganado. Faltaba definir aún los lugares con trazas y los estrictos límites de los caminos.

Luis Benedit, arquitecto y hacedor, maneja ese tiempo y esa mística en la cual un gaucho y un caballo conformaban un todo. Los ranchos, junto con elementos como el cuchillo y el lazo, son integrantes de un mundo ya perdido y al que el autor, con su obra, intenta rescatar del olvido.



Todos nuestros ranchos

Sobre la base de un texto de letras y silencios Benedit construye su imaginario:

"Yo he conocido esta tierra / en que el paisano vivía / y su ranchito tenía / y sus hijos y mujer... era una delicia ver / cómo pasaba sus días." (José Hernández, *Martín Fierro*)

Para después, sobre aquella resonancia, organizar, sujeto a un material absolutamente contemporáneo, elementos que sintetizan ese clima en un solo gesto.

Ellos conforman una serie de objetos de piedra que Benedit expone en la galería Maman, junto a novísimos testimonios de una geografía llamada Pampa. Sobre la idea de aquellos ranchos, de adobe y de caña, que fueron testigos silenciosos de una tenaz lucha contra el sol y el agua. Pobres, paupérrimas arquitecturas, eran el hábitat del gaucho, con excremento animal, barro y algún vegetal, las ramas entrelazadas con cueros secados al sol, integraron el acervo constructivo de una rica región que aún carecía de madera suficiente para destinarla a la vivienda.

Benedit hoy los recrea con una calidad y perfección que nunca tuvieron, con aristas y brillo, en mármol y granito, de madera y vidrio. Representan un icono de lo perdido, hermosas piezas de negro marquina, de verde guatemala, de amarillo veneciano, de azul labrador de noruega, nadie las habita, ellas no son arquitectura.

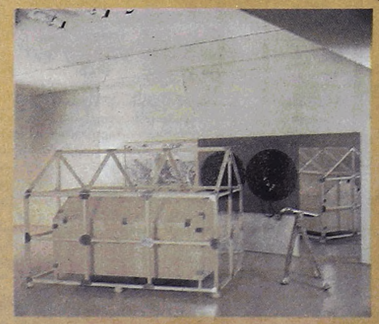
El campo y los huesos

"Tienes, campo, los huesos que mereces: grandes vértebras simples e inocentes, tibias rudimentarias, informes maxilares que atestiguan tu vida milenaria; y sin embargo, campo, no se advierte ni una arruga en tu frente."

"Lo que prefiero, campo, es tu llaneza. Entra y descansa campo. Desensilla. Deja de ser eterna lejanía." (Oliverio Girondo, *Campo nuestro*).

Sobre la base del recuerdo y de literatura épica, lejos del folklore y de caricaturas, el autor manipula huesos, no como parte de una anatomía, sino como simple material del que en el campo se dispone.

No son restos humanos, ellos son partes de esqueletos de vacas y caballos que en una ruta de malones hacia la cordillera, perdieron la vida. Esa marca y esos huesos, Luis Benedit los toma para apuntarnos una parte de nuestra historia. Ya lo han hecho otros antes, lo harán algunos más. Los testimonios de ese pasado aún yacen en el lugar. ■











DESDE EL ACCESO, UNA VISTA DEL CONJUNTO, CON SU GALERIA DE RECEPCION Y LA SENCILLEZ RECATADA DE LA DECORACION EXTERIOR. ARRIBA, EL COMEDOR, CON HOGAR Y PAREDES EN UN PECULIAR VERDE GEORGIANO, CANDELABRO DE VIDRIO Y HASTA PINOTEA EN EL CIELORRASO. A LA IZQUIERDA, LA SUITE PRINCIPAL, QUE INCLUYE UN ESCRITORIO/BIBLIOTECA. ARRIBA A LA IZQUIERDA Y EN LA TAPA, LA GALERIA GRANDE, DE 15 METROS DE LARGO, QUE DA AL SEGUNDO PRADO Y FUNCIONA DE ESTAR Y COMEDOR DE BUEN TIEMPO.



Cómoda en su tradición

Es una casa de campo nueva, contemporánea y con todo el confort. Pero su lenguaje es revolucionariamente tradicional: sin folklorismos, utiliza las reglas de proporción y decoración del único estilo que podemos llamar argentino.

POR SERGIO KIERNAN

Hace demasiados años, Leopoldo Marechal escribió un pequeño librito sobre "un amigo", Alejandro Bustillo. Casi un folleto, el tomito tiene varias fotos de obras del arquitecto y un texto breve del poeta que, provocador siempre, arranca diciendo que la obra de Bustillo es revolucionaria. Enseguida tiene que aclara la boutade: a don Alejandro, tan conservador e hispanista él, se le daría vuelta la peluca de asombro. Marechal explica que revolucionario no es necesariamente sinónimo de novedoso, que en el contexto de la época un Bustillo resultaba revolucionario por ir contra el nuevo canon, por no comulgar en altares modernistas, no ser un sonso que se quiere hacer siempre el original. En resumen, por ser alguien que tiene raíces más firmes que la última revista de arquitectura.

El viejo maestro no anduvo solo en esta idea de, por ejemplo, hacer casas de campo con aire a casas de campo. En la zona norte de Buenos Aires hay un constructor –que no un arquitecto– que vive y trabaja en una alzada al estilo campero tradicional argentino. Linda, cómoda, nueva, ducha en un lenguaje compositivo con más nudos que un ombú, la casa es una muestra de las ideas de Francisco Bellouard, ideas que él jura "que mamó" y no estudió, que conoce de puro criado en el campo nomás.

La casa es blanca y se asienta en unas hectáreas de campo apacible y en loma, pegado a un arroyo rebelde que cada tanto crece. Bellouard encontró el lugar, que tenía una tapera de dos cuartos, ya destechada, con los yuyos crecidos y el adobe que suplía al cemento despegado. Su cuadrilla votaba por demolerla y arrancar de cero, pero el constructor decidió "dejarla, por si tenía fantasmas". La tapera aloja hoy las cocinas de la casa y sirvió como regla de proporciones y alturas para el resto del conjunto. Son 200 metros cuadrados dispuestos en línea, como si fuera un muro, dividiendo dos parques. Al de entrada se accede por una cancel de hierros canónicos, abertura en una barda baja coronada con herrerías en lanza. Es un parque simple, con los árboles viejos encontrados en el lugar a los que se puede mirar desde la galería techada, ancha y panzona para que sirva en los días de lluvia, y que protege la entrada social. Al lado y cercana a la cancel, hay una arcada que permite acceder al otro lado de la casa, al segundo parque dominado por un ombú gordo y antiguo que vive pegadito a la galería de quince metros de largo, que ahora en primavera se transforma en living y comedor casi permanente.

La planta es la simplicidad en persona. Arrancando de la vieja tapera, viene un comedor elegante en sus tonos oscuros –especialmente el muy georgiano verde de la chimenea de paneles a la inglesa– y alegrado por una araña de vidrio. Sigue el prolongado y claro living, también con chimenea y deliberadamente dejado a medio llenar. Más allá, un dormitorio con su baño y finalmente la suerte de suite principal del dueño de casa, un tres ambientes autocontenido de dormitorio, escritorio y baño privado, con salidas propias al parque.

Lo notable del lugar es su tranquila fidelidad a las tradiciones. No hay absolutamente nada criollista en esta casa. De hecho, la decoración juega de local en la cultura europea. La cosa está en las proporciones de siempre, las ventanas altas con reja, las banderolas y postigones de madera pesada, los cielorrasos cubiertos de pinotea pintada, los anchos jugando con los altos y los largos en números redondos. Por afuera aparecen los marcos, molduras y decoraciones sencillas característicos de un estilo nacido al borde del Mediterráneo, pulido y adaptados en las soledades pampeanas. Sin pintoresquismos, sin folklorismos.

Simplemente, se trata de ser "revolucionario" por el respeto a las técnicas tradicionales. "Los cascos de estancias viejas fueron construidos por gente que no era arquitecta", reflexiona Bellouard. "Gente que sabía muy bien lo que hacía, que construyó cosas muy lindas y muy valiosas. Son imágenes que vi de muy chico, viviendo en casas así en el campo, visitándolas, estando en ellas. Son elementos que tengo muy integrados yque me salen muy de adentro." Estos elementos son severos, recatados, equilibrados, en fin, criollos.

Como la casa no es un museo, todos sus materiales son nuevos excepto algún elemento de demolición, como el par de airosas farolas que reciben al visitante en la galería de adelante. También hay una concesión a la idea moderna de confort: los dormitorios tienen un pasillo interno en lugar de circular simplemente por la galería o al aire libre. Las instalaciones son las que se pueden encontrar en toda casa contemporánea.

El efecto general que crea el lugar es curiosamente atemporal, clásico. Muchos creerían que tiene un par de siglos, que fue heredada y reacondicionada, que sufrió ataques indios. Con su firma "Campo y Casas", Bellouard ya trabajó en casas realmente así, estancias o puestos viejos que necesitaban una mano respetuosa que los refaccionara, casas de huéspedes en consonancia con la residencia principal, ampliaciones, edificios flamantes para gente en fuga de modernidades pasajeras.

Todo nace dibujado, por supuesto, con aquellas imágenes infantiles tan arraigadas como temario. "Es una casa argentina", dice su autor. "Una casa que usa un lenguaje que fue creado aquí con todo el equipaje traído de España, filtrado por otras tradiciones e interpretado aquí desde siempre. Por eso funciona." ■





DESDE EL ACCESO, UNA VISTA DEL CONJUNTO, CON SU GALERIA DE RECEPCION Y LA SENCILLEZ RECATADA DE LA DECORACION EXTERIOR. ARRIBA, EL COMEDOR, CON HOGAR Y PAREDES EN UN PECULIAR VERDE GEORGIANO, CANDELABRO DE VIDRIO Y HASTA PINOTEA EN EL CIELORRASO. A LA IZQUIERDA, LA SUITE PRINCIPAL, QUE INCLUYE UN ESCRITORIO/BIBLIOTECA. ARRIBA A LA IZQUIERDA Y EN LA TAPA, LA GALERIA GRANDE, DE 15 METROS DE LARGO, QUE DA AL SEGUNDO PRADO Y FUNCIONA DE ESTAR Y COMEDOR DE BUEN TIEMPO.

en su tradición

Es una casa de campo nueva, contemporánea y con todo el confort. Pero su lenguaje es revolucionariamente tradicional: sin folklorismos, utiliza las reglas de proporción y decoración del único estilo que podemos llamar argentino.

un ombú, la casa es una muestra de las ideas de Francisco Bellouard, ideas que él jura "que mamó" y no estudió, que conoce de puro criado en el campo nomás.

La casa es blanca y se asienta en unas hectáreas de campo apacible y en loma, pegado a un arroyo rebelde que cada tanto crece. Bellouard encontró el lugar, que tenía una tapera de dos cuartos, ya destechada, con los yuyos crecidos y el adobe que suplía al cemento despegado. Su cuadrilla votaba por demolerla y arrancar de cero, pero el constructor decidió "dejarla, por si tenía fantasmas". La tapera aloja hoy las cocinas de la casa y sirvió como regla de proporciones y alturas para el resto del conjunto. Son 200 metros cuadrados dispuestos en línea, como si fuera un muro, dividiendo dos parques. Al de entrada se accede por una cancel de hierros canónicos, abertura en una barda baja coronada con herrerías en lanza. Es un parque simple, con los árboles viejos encontrados en el lugar a los que se puede mirar desde la galería techada, ancha y panzona para que sirva en los días de lluvia, y que protege la entrada social. Al lado y cercana a la cancel, hay una arcada que permite acceder al otro lado de la casa, al segundo parque dominado por un ombú gordo y antiguo que vive pegadito a la galería de quince metros de largo, que ahora en primavera se transforma en living y comedor casi permanente.

La planta es la simplicidad en persona. Arrancando de la vieja tapera, viene un comedor elegante en sus tonos oscuros –especialmente el muy georgiano verde de la chimenea de paneles a la inglesa– y alegrado por una araña de vidrio. Sigue el prolongado y claro living, también con chimenea y deliberadamente dejado a medio llenar. Más allá, un dormitorio con su baño y finalmente la suerte de suite principal del dueño de casa, un tres ambientes autocontenido de dormitorio, escritorio y baño privado, con salidas propias al parque.

Lo notable del lugar es su tranquila fidelidad a las tradiciones. No hay absolutamente nada criollista en esta casa. De hecho, la decoración juega de local en la cultura europea. La cosa está en las proporciones de siempre, las ventanas altas con reja, las banderolas y postigones de madera pesada, los cielorrasos cubiertos de pinotea pintada, los anchos jugando con los altos y los largos en números redondos. Por afuera aparecen los marcos, molduras y decoraciones sencillas característicos de un estilo nacido al borde del Mediterráneo, pulido y adaptados en las soledades pampeanas. Sin pintoresquismos, sin folklorismos.

Simplemente, se trata de ser "revolucionario" por el respeto a las técnicas tradicionales. "Los cascos de estancias viejas fueron construidos por gente que no era arquitecta", reflexiona Bellouard. "Gente que sabía muy bien lo que hacía, que construyó cosas muy lindas y muy valiosas. Son imágenes que vi de muy chico, viviendo en casas así en el campo, visitándolas, estando en ellas. Son elementos que tengo muy integrados yque me salen muy de adentro." Estos elementos son severos, recatados, equilibrados, en fin, criollos.

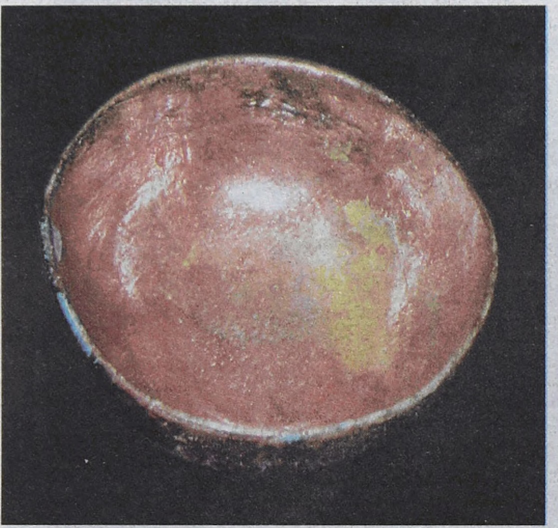
Como la casa no es un museo, todos sus materiales son nuevos excepto algún elemento de demolición, como el par de airosas farolas que reciben al visitante en la galería de adelante. También hay una concesión a la idea moderna de confort: los dormitorios tienen un pasillo interno en lugar de circular simplemente por la galería o al aire libre. Las instalaciones son las que se pueden encontrar en toda casa contemporánea.

El efecto general que crea el lugar es curiosamente atemporal, clásico. Muchos creerían que tiene un par de siglos, que fue heredada y reacondicionada, que sufrió ataques indios. Con su firma "Campo y Casas", Bellouard ya trabajó en casas realmente así, estancias o puestos viejos que necesitaban una mano respetuosa que los refaccionara, casas de huéspedes en consonancia con la residencia principal, ampliaciones, edificios flamantes para gente en fuga de modernidades pasajeras.

Todo nace dibujado, por supuesto, con aquellas imágenes infantiles tan arraigadas como temario. "Es una casa argentina", dice su autor. "Una casa que usa un lenguaje que fue creado aquí con todo el equipaje traído de España, filtrado por otras tradiciones e interpretado aquí desde siempre. Por eso funciona." ■

Técnica oriental, espíritu nacional

Las ceramistas de Objetos Argentinos se dedican a una técnica milenariamente japonesa, contemporáneamente americana y actualmente más que local en sus productos.









POR LUJÁN CAMBARIERE

Se conocían desde hacía tiempo gracias a una actividad, la cerámica, que les apasiona. La elección de diciembre le cerró varias puertas al trío formando por la profesora Beba von Zabel y las alumnas Adriana Abritta (fonoaudióloga) y Carolina Rampone (publicista), que perdieron sus trabajos estables). Pero les abrió una ventana, la posibilidad de gestar un proyecto en conjunto. "Sobre todo cuando nos dimos cuenta de que después de tantos años de comprar objetos *made in China*, este cambio de escenario era la posibilidad de revalorizar lo nuestro", cuentan.

Fue así como decidieron aunar esfuerzos y salir al ruedo con una línea propia de cuencos, platos, fuentes, lámparas, juegos de mesa –senku, tatetí, ajedrez–, bachas para baños y esculturas, entre otros, producidos en arcilla de forma totalmente artesanal con distintas técnicas y sello argentino que pasa por ahondar en distintos dibujos y estampas autóctonas. "En un mundo donde la comunicación hace que veamos de forma permanente las distintas actividades artísticas de otras culturas, sentimos la necesidad de encontrar un estilo propio aplicando técnicas orientales y americanas a las que les combinamos elementos de nuestro pasado", explican.

La ceremonia del fuego

Así, su labor se centra en el raku. Es una técnica japonesa milenaria reinterpretada en el siglo XX por un norteamericano, ligada en su origen a la ceremonia del té. En principio, el raku utiliza los mismos elementos (arcilla y esmalte) comunes a las alfarería tradicional, con protagonismo del empleo del fuego. "Una vez moldeada la pieza", explica Von Zabel, "pasa al horno eléctrico o de gas. Una vez hecho el bizcocho, se lo esmalta y vuelve al horno. Cuando está a aproximadamente 950 grados, y el esmalte como en un estado de 'miel', se lo saca. Se tira la pieza en un tacho con aserrín, se lo tapa y ahí adentro se produce la oxidación que hace que los esmaltes se metalicen y la pasta sin esmaltar quede negra. Luego, al tomar contacto con el agua, se termina el proceso".

Así, cada pieza va adquiriendo efectos craquelados, ahumados, rugosos o con distintos reflejos metálicos que la hacen única e irrepetible. "Con lo que el artista tiene la posibilidad de un juego creativo único", explica Rampone. "Donde la ceremonia de la horneada se vuelve un momento de mucha adrenalina –suma Abritta–, que permite que uno siga experimentando."

Eso es a lo que apuntan, sobre todo con los dibujos o adornos que suman a cada pieza. Los animales autóctonos como ñandúes, lagartijas, sapos, ranas, lechuzas y guanacos que conforman una de las líneas. Hasta los distintos dibujos rupestres o estampas de flores y frutos locales. A las tres, el contacto con la arcilla les permite dar rienda suelta a su creatividad. ¿La técnica raku? "Una fuente inagotable de fascinación y una alquimia especial. Es que el contacto con la pieza saliendo incandescente del horno, transformándose a cada instante al pasar por la viruta de madera, el fuego y el agua es pura sorpresa", rematan. ■

Objetos Argentinos: 4741-9631, 15-5183-8629
www.objetos-argentinos.com.ar
objetosargentinos@ciudad.com.ar

CAL Y ARENA

Plan para el Colón
La Subsecretaría de Patrimonio Cultural de la Secretaría de Cultura de la Ciudad presentó un plan maestro para la puesta en valor y la actualización tecnológica del Teatro Colón. El plan es el primero que trata de articular una serie de acciones envolventes y de conjunto para el Teatro. Durará cinco años y concibe el todo en tres áreas, el edificio en sí, la caja escénica y la plaza del Vaticano. Lo primero que se hará será consolidar zonas en problemas. Por ejemplo, se atenderán las filtraciones que afectan los talleres de escenografía, con cambios totales de cubiertas, restauración de fachadas e impermeabilización de subsuelos, en particular sobre los estacionamientos subterráneos de la plaza Lavalle. También entre los primeros trabajos se planea restaurar los vitrales del gran hall, el comedor del personal y la cafetería del pasaje de los carruajes. En los próximos meses se atenderán los subsuelos, en particular el Museo, con fondos del BID y la fundación Teatro Colón. Al mismo tiempo se están relevando y diagnosticando las instalaciones técnicas para establecer prioridades de arreglo, y hay planes como el de instalar aire acondicionado central al Salón Dorado o el de ampliar el suministro de potencia eléctrica. Por otro lado, se comenzó a optimizar los sistemas de seguridad del teatro.

Sede de los museos
La Dirección General de Museos de la Ciudad presentó su nueva sede en la vieja cervecería de la Costanera Sur, Avenida de los Italianos 851. También presentó en sociedad su nueva señalética, que busca reforzar la marca Museos de Buenos Aires. El sistema de identificación visual abarca a la dirección y a los nueve museos que de ella dependen, y es una parte importante del programa de fortalecimiento institucional de los museos que se lleva a cabo con un préstamo del BID.

Un día con premios
El lunes es el Día Mundial de la Arquitectura, que se celebrará en el Museo de Arquitectura a partir de las 18 con un panel organizado por el Consejo Profesional de Arquitectura y Urbanismo y la Sociedad Central de Arquitectos. El tema es "Arquitectura: respuesta frente a la crisis", y participarán los arquitectos María Teresa Egozcue, Eduardo Crivos, Carlos Lebrero y Berardo Dujovne, coordinados por Luis Grossman. A las 19.30 tendrá lugar la entrega de distinciones del Premio Bienal de Arquitectura CPAU / SCA 2002, y la inauguración de la exposición de los trabajos seleccionados.

Arbitraje en la SCA
El Centro de Resolución de Conflictos de la Construcción (CRCC) de la Sociedad Central de Arquitectos anuncia su primer Curso de Procedimiento Arbitral orientado a arquitectos y profesionales afines. El curso comienza el 18 de octubre, consiste en ocho clases semanales de cuatro horas cada una, y tiene un arancel de $ 240 (200 para socios de la SCA). Informes en Montevideo 938, 4812-3644/5856/3986, centro@socearq.org.ar

Para verificadores
El gobierno porteño tiene abierta la inscripción para el Registro de Profesionales Verificadores de Obra que colaboraran con la dirección general de Fiscalización de Obras y Catastro con honorarios. La inscripción para participar en las charlas explicativas obligatorias es el 14 y 18 de octubre en los Consejos Profesionales de Arquitectura y Urbanismo y de Ingeniería Civil. Información en www.socearq.org